

Comentario al evangelio del jueves, 3 de noviembre de 2011

Saludos, amigos:

La alegría al encontrar a la oveja perdida o la moneda extraviada es proporcional al esfuerzo invertido en encontrarla. La alegría de Jesús no está en el valor de la oveja o de la moneda (que ciertamente tienen en sí un valor nada despreciable) sino en el hecho de encontrar lo perdido. Lo que hace importante a la oveja o a la moneda es, propiamente, el hecho de hallarse perdidas. El que busca se alegra más, si cabe, por el esfuerzo recompensado al encontrar lo perdido que por el valor en sí de lo extraviado.

Algo así es Dios. Es como un buen pastor que no da nunca nada ni a nadie por perdido. Cuando nos alejamos de él, se alegra al volvernos a encontrar. Se alegra cuando volvemos al redil y nunca deja de buscarnos. Con esta parábola, Jesús nos quiere explicar y desvelar cómo es el verdadero rostro de Dios y, de paso, el ideal humano al que estamos llamados. El Dios que se nos revela en Jesús no es un Dios despreocupado e indolente, sino ese Dios-amor que nos busca y se desvela por nosotros; que pone pasión en buscarnos porque le importamos. Hoy somos nosotros invitados a encontrar en esta forma de ser de Dios la nuestra y a no dar nunca a nadie por perdido. Todos tenemos un lugar en el corazón de Dios y Él no quiere que nadie se pierda de su mano.

Fernando Prado, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org